

Inicios del paisaje urbano moderno en Lima*

Beginning of the modern urban landscape in Lima

Roberto Reyes**

Recibido: 16 de agosto de 2016

Aprobado: 4 de octubre de 2016

RESUMEN

La demolición de la muralla de Lima y los intentos de modernización del país basados en los ingresos del Estado provenientes de la venta del guano, propiciaron el primer impulso a la nueva configuración urbanística de Lima, traducido en nuevos espacios públicos, un trazado vial acorde con las tendencias de expansión urbana y los inicios de una arquitectura distinta a la tradicional proveniente de la colonia. Todo ello provocó la ruptura del *hortus clausum* colonial y la aparición de paisajes urbanos abiertos, con alamedas tipo bulevar y plazas de carácter civil.

El proceso de modernización, interrumpido por los efectos de la derrota en la guerra del Pacífico, toma un nuevo impulso en la década de 1920 (“oncenio” del gobierno de Leguía), debido a la política de empréstitos y la celebración del centenario, tanto de la independencia (1921), como de la batalla de Ayacucho (1924). Las múltiples obras viales, urbanísticas e inmobiliarias consolidaron lo empezado en la década de 1870 y otorgaron una nueva imagen a la ciudad, estableciendo las bases de lo que será la futura metrópoli limeña.

Palabras clave: Lima, persistencia del imaginario urbano, modernización urbana, percepción estética de la ciudad, paisaje urbano moderno.

ABSTRACT

The demolition of the wall of Lima and attempts of modernization of the country based on the revenues of the State for the sale of guano, led to the first impulse to the new urban settings on Lima, translated in new public spaces, a path road in accordance with the trends of urban expansion and the beginnings of a different architecture from the traditional one. All this provoked the rupture of the hortus clausum colonial and the appearance of open cityscapes, with malls like boulevard and squares of character civil.

The modernization process, interrupted by the effects of the defeat in the war of the Pacific, takes a new impulse in the 1920's (during the Leguía government), due to the policy of borrowing, the celebration of the centenary of independence (1921) and the battle of Ayacucho (1924). Multiple works road, urban and real estate consolidated what was started in the decade of 1870 and granted a new image to the city, establishing the bases of what will be the future metropolis of Lima.

Keywords: Lima, persistence of the urban imagination, urban modernization, aesthetic perception of the city, modern urban landscape.

* Este artículo forma parte de investigaciones sobre la ciudad realizadas por el autor durante los últimos años, sobre el desarrollo urbano de Lima, así como los usos del espacio a través del tiempo.

** **Roberto Reyes Tarazona.** Sociólogo por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Doctor en Sociología. (Universidad Nacional Mayor de San Marcos). Profesor en el Área Académica de Urbanismo de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo y en la Escuela de Posgrado de la Universidad Ricardo Palma.



Foto aérea del Centro Histórico de Lima y el Rímac. Fuente: Servicio Aerofotográfico Nacional.

La matriz de la configuración urbanística de la Lima moderna, de la cual se desprendieron nuevos trazos viales, obras arquitectónicas de signo diferente al tradicional, renovados espacios públicos e inéditos perfiles paisajísticos, se constituyó a partir de la demolición de la muralla de Lima (1868-1870).

Esta, construida por orden del virrey Melchor de Navarra y Rocaful, Duque de la Palata, entre 1684 y 1687, nunca sirvió para los fines que justificaron su levantamiento: la defensa de Lima contra los ataques de piratas y corsarios. Se mantuvo durante casi dos siglos con sus muros de adobe, 34 bastiones y 9 accesos, circunscribiendo la ciudad en un triángulo cuya base era la margen izquierda del río Rímac y sus otros lados se extendían en lo que después sería la avenida Alfonso Ugarte, el Paseo Colón y la avenida Grau. El área oscilaba –según las fuentes: Nolasco, Frazier, Taboada, Dupared–, entre 354 y 592 hectáreas. Dentro, el trazado urbano, siguiendo las ordenanzas del siglo XVI, se organizaba en torno al núcleo constituido por la Plaza Mayor y las manzanas del derredor alineadas en cuadrícula.

La muralla contaba con nueve portadas: Martinete, Maravillas, Barbones, Cocharcas, Santa Catalina, Guadalupe, Juan Simón, Monserrate, y la orientada a El Callao. En sus cercanías se encontraban numerosas huertas y jardines que abastecían a la ciudad de frutas y verduras. Y es que, como señala Víctor Velásquez (2008):

La ciudad de Lima fue fundada a la usanza española, es decir, cada vecino recibió un solar para su vivienda y tierras en los alrededores de ella, destinadas a proveer sustento y esparcimiento a su familia. De acuerdo con la política española, la ciudad debería tener su propio mantenimiento de las huertas y de las haciendas, las cuales se ubicaron en las inmediaciones del llamado damero de Pizarro. (p. 722).

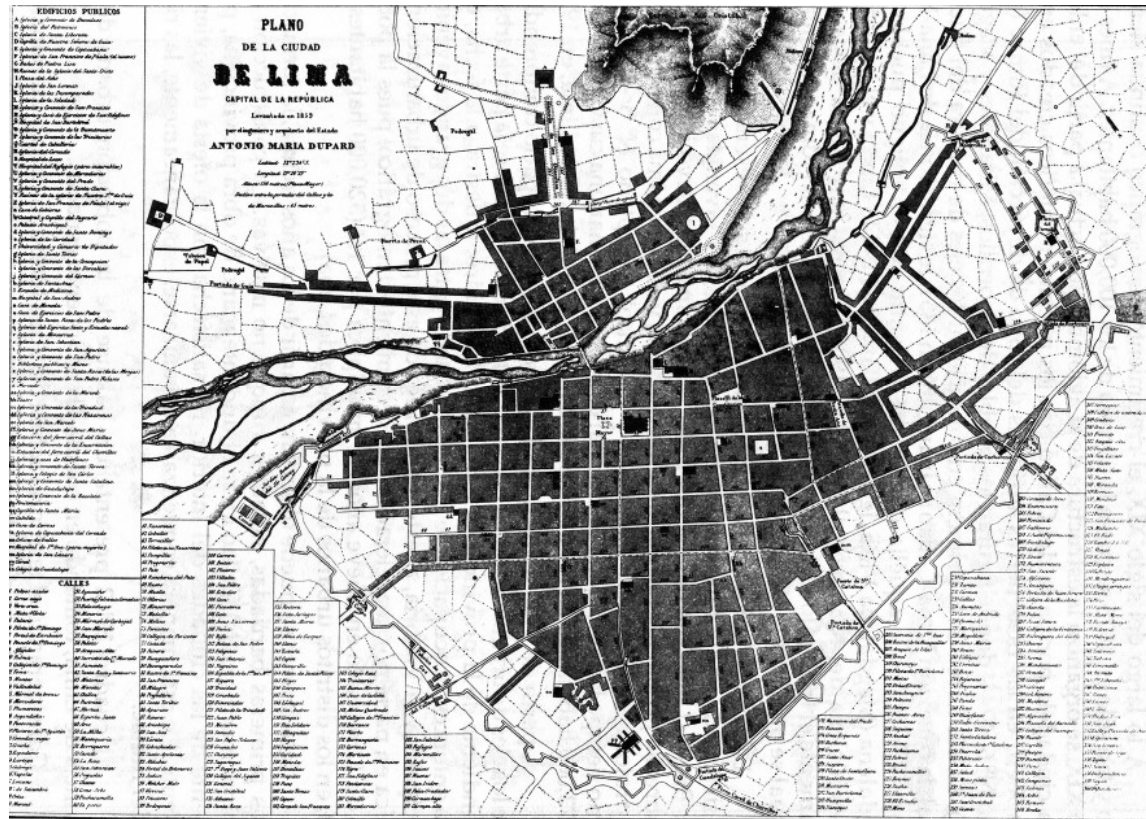
De allí que, siguiendo a este mismo autor, de entre las numerosas áreas destinadas al cultivo de frutales y hortalizas, hasta fines del siglo XIX se contaban, entre otras, la Huerta Perdida, la Huerta de Camacho, la Huerta Matinales, el fundo de San Martín, la Huerta de Matamandinga, la Huerta Santa Catalina. (Velásquez, 2008)

De la profusión de estos espacios verdes, visibles para cualquier visitante, además de los existentes dentro de los principales solares; pero sobre todo debido a las crónicas del Padre Bernabé Cobo y de Fray Reginaldo de Lizárraga, entre otros cronistas que encomiaron hasta el delirio las bondades ambientales de la Ciudad de los Reyes, se creó la leyenda de Lima como un delicioso vergel, paso previo al mito de la “Dorada Lima”.

De manera que desde su fundación el paisaje urbano de Lima tuvo estrecha relación con la primigenia aparición del concepto de *paisaje*, que asocia en principio la apreciación social de la naturaleza y luego del jardín, asignándole valores estéticos y aún filosóficos. “Filosofía, jardín, ciudad y paisaje son los orígenes de nuestra civilización, pero no sólo de la nuestra”, concluye Raffaele Milani (2007, p. 98).

Previamente, este prestigioso profesor italiano ha sustentado sus ideas en relación al paisaje y la estética: “El paisaje es una forma espiritual que funde visión y creatividad” (Milani, 2007, p.51), lo cual provoca la emoción estética. Distinguiendo el paisaje del territorio, del espacio, del ambiente, de la naturaleza, este “... es una [sic] arte cuya constitución vive a través de los sentidos, la imaginación, la razón y el trabajo” (Milani, 2007, p.13). Más adelante, hablando en concreto de una estética del paisaje, afirma que esta es: “Una estética que es, al mismo tiempo, historia, crítica, cultura, conservación, educación y trabajo...” (Milani, 2007, p. 59). Tal punto de vista da espesor a una afirmación previa, en la que expone consideraciones sobre el paisaje en la actualidad:

Es opinión común que el paisaje es una noción absolutamente moderna ligada a la evolución de la pintura a partir del Renacimiento, de los descubrimientos científicos y de la experiencia estética del viaje. En función de esto se aísla un paisaje pictórico y un paisaje literario, un paisaje geográfico y un paisaje fantástico. De esa manera se cree que es una adquisición cultural o, más detalladamente, una invención histórica debido esencialmente a la obra de artistas, entre el arte de la jardinería y el *Land Art*. (Milani, 2007, p. 56).



Plano de Lima. 1859. Antonio Maria Dupard. Fuente Gunther, J., Planos de Lima, 1983, plano nº 10.

Siguiendo sus razonamientos, en el caso del paisaje urbano, apoyándose en el pensamiento de Jacques Le Goff, señala:

“... si pensamos en las ciudades del Medioevo o del Renacimiento, el imaginario urbano contiene lo maravilloso. El imaginario, en este caso, es un conjunto de representaciones, de ideas, de imágenes a través de un personaje de dos caras: una material, hecha de estructuras artísticas, literarias e intelectuales. (Milani, 2007, p. 78).

Como todo imaginario, el de Lima estaba fuertemente arraigado a una época pretérita: los fastos coloniales del virreinato, aunque a fines de este ya se advertían signos de degradación y deterioro del modelo social.

Por ello, y porque a fin de cuentas lo social sigue una dinámica distinta a la política, la República representó muy pocos cambios en la vida cotidiana de la sociedad, en su manera de construir y de vivir, prolongándose casi por medio siglo los patrones sociales y urbanos de la colonia cuando esta ya no existía.

Con la Independencia y la instauración de la República, si bien Lima estaba cada vez más lejos de sus años de mayor esplendor, para los

viajeros extranjeros subsistían muchos de sus encantos, ahora no solo por la profusa presencia de árboles y cultivos dentro de la ciudad, sino por su arquitectura y sus plazas y paseos públicos. Hasta el año del inicio de la demolición de la muralla, la imagen de Lima no difería mucho de la que poseía en la etapa virreinal, tal como lo apuntan muchos testimonios, crónicas y diarios de viajeros extranjeros.

Samuel Haigh, comerciante inglés que estuvo en el Perú entre 1825 y 1827, a propósito de Lima, dice:

Puede prescindirse de describir Lima en detalle; numerosos viajeros ya han descrito esa “Ciudad de los Reyes”; sus magníficas iglesias llenas de oro y plata, la vida lujosa y espléndida que llevaban sus habitantes; las pomposas procesiones, concurridos teatros y corridas de toros, sus mujeres bellas y seductoras, sus limoneros y naranjos (plantados en un valle rival del Elíseo) cargados de frutas deliciosas y azahares fragantes... (Haigh, 1967, p. 31).

En este mismo sentido son las apreciaciones del Vizconde Eugene de Sartiges, diplomático francés que llegó al Perú en 1834.

El aspecto de Lima no ha cambiado mucho desde el tiempo de los virreyes así como tampoco el espíritu de sus habitantes. La capital del Perú es una de las más extrañas ciudades del Nuevo Mundo. Pensad en una especie de tablero de ajedrez en el cual cada cuadrado, separado de los otros por una calle estrecha [¿estrecha?], estaría formado por un grupo de casas anchas y bajas con los techos como terrazas. Si se pone en medio de todo eso sesenta iglesias con torres pintarrajeadas de brillantes colores y en seguida se encierra ese conjunto pintoresco con vastos jardines, limitados por un lado por el mar y por el otro por mesetas arenosas que se elevan en gradería hasta los nevados de la cordillera, se tiene una idea del grandioso espectáculo que se descubre desde lo alto de la catedral de Lima. (De Sartiges, Botmiliau, 1947, p. 118).

Líneas más adelante, es más explícito, cuando afirma que “A decir verdad, hay épocas, hay días excepcionales en los que Lima reaparece casi por entero como se la podía ver en el tiempo de los virreyes” (De Sartiges, Botmiliau, 1947, p. 118).

A. de Botmiliau, viajero francés que residió en el Perú entre 1841 a 1848, por su parte, da su punto de vista sobre las iglesias, referentes esenciales de la arquitectura virreinal:

Las iglesias y los conventos ocupan gran lugar en la fisonomía exterior de todas las ciudades españolas de América. En Lima muchas iglesias han conservado numerosos vestigios de su antiguo esplendor. La catedral posee uno de los más hermosos coros de madera tallada que se puede ver; San Pedro despliega un lujo de cuadros y dorados de los que el europeo, acostumbrado al estilo severo de nuestras catedrales góticas, no podría formarse una idea. Al lado de estas iglesias tan ricas aún, los conventos se distinguen por la amplitud y majestuosidad de sus proporciones. (De Sartiges, Botmiliau, 1947, p. 184).

Tschudi (1966), en su libro escrito a propósito de su viaje por el Perú entre 1838 y 1842, señala:

... mientras más se acerca el viajero a la Plaza Mayor, más hermoso y característico se torna el aspecto (...). La mayoría de las casas son de un piso, algunas tienen dos. Cuentan con dos entradas por el frente. Una de ellas es el zaguán junto al cual se encuentra la puerta de

la cochera donde se guarda la calesa. Dando sobre ésta, o sea junto a la puerta principal, suele haber un cuarto pequeño con una ventana cerrada por medio de una reja de madera, detrás de la cual se sientan las bellas para observar sin ser vistas. (p. 81).

C. Skogman (1967), marino sueco que estuvo en el Perú hacia 1852, en un párrafo de su texto, señala:

En Lima hay una infinidad de iglesias, todas ellas en estilo renacimiento, con uno que otro toque oriental. Las fachadas consisten generalmente en dos torres unidas por un frontón en arco y están adornadas con variedad de columnas toscas y bastante fantásticas, pequeñas estatuas, guirnalda, etc., todo ejecutado en yeso y pintado a varios colores llamativos, generalmente rojo y violeta. (p. 124).

Las citas podrían multiplicarse alcanzando a casi todos los viajeros que arribaron a Lima en el siglo XIX. En convergencia con las apreciaciones en diarios y otros escritos, se encuentran las pinturas y dibujos de otros visitantes extranjeros que redondeaban la visión del paisaje urbano que ofrecía Lima antes del derribo de su muralla. Entre los más notables se encuentran Johann Moritz Rugendas (más conocido como Mauricio Rugendas), Leonce Angrand y J. Prendergast, quienes ofrecen imágenes de personajes y costumbres, de escenarios típicos (una y otra vez la Plaza Mayor, y otros espacios públicos, siempre con fondo de iglesias) y de perspectivas paisajistas de la ciudad, preferentemente desde la otra margen del río Rímac.

Este último detalle no es casual, pues desde las últimas décadas del virreinato, habían empezado a construirse fuera de la Lima amurallada algunas obras de carácter diferente al barroco. Influyeron de manera decisiva la necesaria reconstrucción de la capital a raíz del terremoto de 1746 y la influencia de la Ilustración y la cultura francesa. De esta manera, en el último tercio del siglo XVIII en “Abajo el Puente”, se construyeron nuevos escenarios públicos con un estilo diferente al imperante hasta entonces: el Paseo de Aguas, la Quinta Presa y la Plaza y la Alameda de Acho; a los cuales se sumaba la remodelación de la Alameda de los Descalzos, a la que se dotó de doce esculturas de mármol representando cada

una los signos del zodiaco. También, en este caso dentro de la Lima amurallada, se levantó la Quinta Heeren, en los Barrios Altos. Las construcciones, en este caso, se organizan en torno a un parque interior y de manera distinta a las tradicionales residencias de la cuadrícula inmediata a la Plaza Mayor, autosuficientes y discretas, cuya relación con el exterior se daba mediante el zaguán de acceso y las puertas laterales que se abrían en el frente de los espesos muros.

Curiosamente, tanto en los testimonios escritos de los viajeros como en las expresiones plásticas, la muralla es prácticamente inexistente o se halla reducida a su mínima expresión. Aparte de su obvia inutilidad como baluartes contra inexistentes ataques piratas y su fábrica poco impresionante (el

material básico es la tierra con soporte de cañas), a fines del virreinato la situación de la muralla era de franco deterioro y casi abandono:

En su informe de 1816, De Molina da cuenta de cómo hace ocho años se habían reparado las murallas y bastiones, con el esfuerzo económico de las instituciones y particulares de la ciudad, y cómo esta reparación había durado tan poco, tanto por la baja calidad de los materiales utilizados en las refacciones de 1807, por “maldad de los borriqueros que no reparan en desbaratar los sardineles de los parapetos”, como por el descuido de los hacendados, que no prestan mantenimiento a las acequias que por muchos puntos atraviesan o corren paralelos a los muros, deteriorándolos con humedad. (Augustin, 2012, p. 181).



Plano de Lima. (Fragmento). 1862. Mariano Bolognesi. Fuente Gunther, J., Planos de Lima, 1983, plano nº 11.

Continuando con la información ofrecida por Reinhard Augustin (2012), nos enteramos que:

El virrey Fernando de Abascal respondió negativamente a la recomendación de Antonio de Molina, recordando que a pesar de mantenerse cuentas abiertas para el mantenimiento de las murallas, y de generar estos gastos sin interrupciones, las mismas se encuentran cada vez en peor estado, no mereciendo la pena de seguir invirtiendo ni haciendo gastos en su reparación. (pp. 181-182).

Watt Stewart (1954), biógrafo de Enrique Meiggs, por su parte, describe la muralla de la siguiente manera:

Rotas en muchos puntos por el terremoto de 1746, fueron parcialmente restauradas, pero se habían convertido en ruinas. Aquí y allá, se abrieron grandes brechas para levantar edificios públicos. La penitenciaría nacional, construida por el dictador Ramón Castilla en la década de 1860, y el edificio erigido entre 1869 y 1870 para alojar a la Exposición Nacional, figuraban entre tales casos (pp. 224-225).

Estos edificios, a los que cabría sumar el Mercado Central, el Camal General, la Penitenciaría y el Asilo Mental, reflejan las aspiraciones de modernización de la ciudad de los nuevos gobernantes, respaldados por los ingresos provenientes de la explotación del guano. Hacia 1870, durante el gobierno del coronel José Balta y a iniciativa de Enrique Meiggs, se dio inicio al proyecto de expansión urbana una vez demolida la muralla.

Henry Meiggs, especulador, financista, jugador y aventurero norteamericano, entre otras facetas de su personalidad, promovió la necesidad de demoler la muralla con fines de modernización de Lima, convenciendo a los políticos e intelectuales de su época de que esta acción era indispensable para que Lima se convirtiera, de acuerdo con su visión futurista, en una ciudad de ensueño.

Watt Stewart (1954), respecto a este hombre insaciable en su afán de obtener riquezas, apunta:

Empujado por la fuerza de la su imaginación, o deseoso de impresionar a los inversionistas públicos del Perú y otros lugares, Meiggs confiaba en ver el día –y no demasiado lejano– en que Lima fuese una ciudad de cinco millones

de almas o más, y gozase del rango de Metrópoli del Pacífico. (p. 223).

Siguiendo este sueño, a todas luces utópico en su época, ordena plasmar en un plano su visión futurista de la capital. En este, fechado en 1876:

Representa una futura ciudad de Lima, que se extiende ininterrumpidamente desde la Lima de entonces hasta la costa del Callao, Magdalena y Chorrillos. (...) Esta visión de lo que el porvenir ofrece a la capital del Perú, resulta más notable cuando se advierte que la población de la ciudad y sus suburbios en 1876 era oficialmente sólo de 117.703. Ningún peruano, embriagado con el dorado sueño de la metamorfosis de su país gracias a una red de ferrocarriles, habría podido competir con Meiggs en un concurso de fantasías. (Stewart, 1954, p. 223).

Pero si a Meiggs le gustaba mostrarse como un soñador, en el fondo estaba proyectando el incremento de su fortuna gracias a la compra de terrenos que se liberarían con la demolición de la muralla. Según su mencionado biógrafo: “Una muestra de las actividades de Meiggs fue la compra del terreno anexo a las viejas murallas de la ciudad”. (Stewart, 1954, p. 224)

Es cierto que desde antes de la llegada de Meiggs muchos personajes habían señalado ya las deficiencias y obsolescencia de la muralla, pero fue este, con su poder de convencimiento y pragmatismo quien venció las dudas e inercia para poner manos a la obra en su demolición.

Con su habitual largueza –y su consuetudinaria exageración de los futuros sucesos– Meiggs consideraba indispensable la desaparición de la muralla para concretar su grandiosa visión de la Lima del mañana. Para ello:

En unión de Sada, planeó una serie de anchas y hermosas avenidas, que seguirían la dirección de las murallas; compró mucha tierra de la que quedaba afuera (a donde esperaba que se trasladaría la población) y planeó un gran bulevar que uniría Lima y Callao. (Stewart, 1954, p. 225)

El derribo de la muralla representó un antes y después de la expansión, el perfil y desarrollo de Lima, principalmente porque por un lado representó la liberación del *hortus clausum*, la asfixiante atmósfera de un mun-

do cerrado, y, por otro, el desarrollo de obras de nuevo tipo que llenaron el vacío dejado por estas. A diferencia de otras ciudades o ciudadelas amuralladas, como Cartagena de Indias o Saint-Malo, y a pesar que a Lima se le atribuía la condición de plaza fuerte por su muralla, esta no determinó el carácter de su trazado urbano ni se constituyó en elemento referencial y característico de la ciudad. Por tal razón, su derribo provocó escasas reacciones en contra, no solo por su ya evidente inutilidad estratégica, sino porque su fábrica y materiales no eran imponentes ni mucho menos, además de su mal estado de conservación. De hecho, por entonces constituía ya un obstáculo para el crecimiento y la expansión de la ciudad.

Años después, solo algunos nostálgicos defensores acérrimos del pasado, como José de la Riva Agüero (2002), consideraron la conveniencia de haberla salvado.

La destrucción de las murallas, en opinión de discretos contemporáneos, no fue tampoco de indispensable necesidad para el ensanche e higiene. Por cierto que los baluartes del Duque de la Palata no merecían el escrupuloso respeto que ha salvado la sagrada cerca de Roma, y la hermosa y medioeval Aviñón (...); pero dentro de su modesta y moderada vetustez americana, las bicentenarias murallas limeñas daban tono y límite preciso a nuestra antigua ciudad, y la hubieran distinguido claramente de las ampliaciones, nuevas avenidas de residencias, suburbios y arrabales (...). A las necesidades de mayor tráfico y urbanización futura, bastaba con abrir nuevas portadas y abatir algunos lienzos ante las principales vías en proyecto... (p. 44).

Riva Agüero, como en muchos otros aspectos, iba a contracorriente del sentir mayoritario, pues la apreciación de las autoridades y los vecinos de Lima consideraba la muralla como un obstáculo para la modernización de la capital.

Esta contradicción es explicable en tanto que la percepción de la ciudad, así como la noción de paisaje, surge a partir de una apreciación social que, como toda elaboración del hombre relacionada con la visión de su entorno, conlleva un componente de sus sensaciones –en este caso estéticas–, su origen familiar y de clase, y su formación educativa.

La desaparición de la muralla colmó las expectativas de quienes consideraban necesario expandir y configurar una ciudad moderna, acorde con el momento de bonanza económica y aspiraciones de modernidad que se vivía.

Tales expectativas empezaron a cumplirse, estableciéndose un nuevo patrón urbano, en el que tenían papel protagónico las avenidas arboladas, al estilo de los “bulevares” franceses instaurados por el Barón Haussmann en París, cuyo remate eran conjuntos escultóricos conmemorativos.

De esta manera, sobre el trazado de la muralla, se diseñaron amplias vías que con el correr de los años se convertirían en las avenidas Alfonso Ugarte, con el remate de la Plaza Dos de Mayo (construida en 1866) por el norte y la Plaza Bolognesi por el sur; 9 de Diciembre, que sería más conocida como Paseo Colón; y Grau, que originalmente, antes que una avenida era considerada una Alameda, desde cuyos límites se levantaría el barrio de La Victoria. A partir de estas avenidas, se construirían otras en dirección a la Magdalena, a Miraflores y Chorrillos, y a El Callao.

Pero este proceso de modernización se vio interrumpido por la guerra con Chile y la invasión de la capital por las tropas vencedoras. Entre 1880 y 1883 no solo se paralizaron las obras sino se produjo la destrucción o deterioro de numerosas edificaciones.

Tal situación empezaría a revertirse lentamente, a medida que el país empezó a recuperarse de los efectos devastadores de su derrota ante Chile. A partir de 1895, durante el gobierno de Piérola, se empieza la construcción de importantes obras.

Dice Basadre (2005):

Luego del paréntesis producido por la crisis fiscal y la guerra, se inició después de 1895 una nueva época. El trazado del Paseo Colón (...) y la avenida Brasil marcaron el rumbo de la ciudad hacia la zona costera del sur con la apertura de urbanizaciones, algunas de ellas cómodas y amplias (...).

El aspecto negativo que presenta este periodo es que Lima comenzó a desdeñar el estilo de sus construcciones del pasado, anhelando una modernidad o un seudoclasicismo que en comparación con otros centros de mayor volumen, tenía que resultar mediocre. (Vol. 11, p. 164).

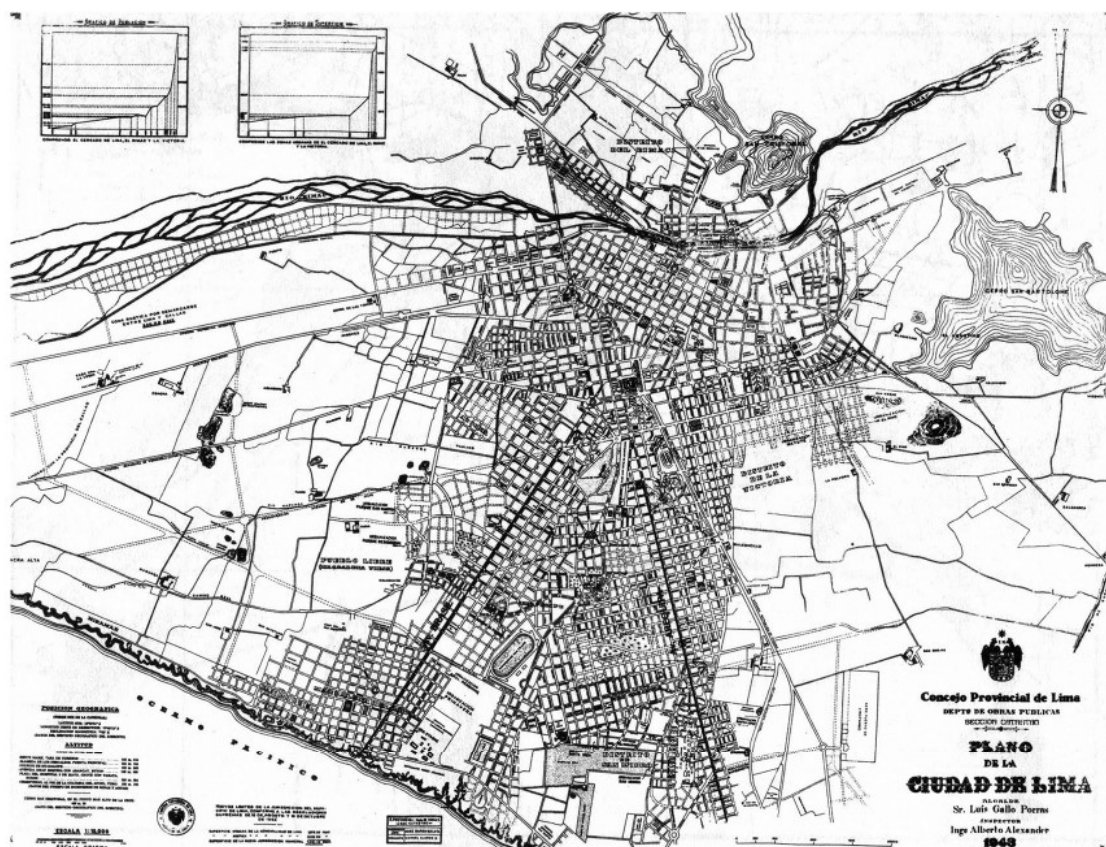


Plano de Lima (Fragmento). 1924. Julio Berrocal. Fuente Gunther, J., *Planos de Lima*, 1983, plano nº 16.

En 1898 se revalora el Palacio de la Exposición, que separa los Jardines de la Exposición del Parque Neptuno, mientras que la avenida 9 de diciembre adquiere las características de un hermoso bulevar, en cuyo recorrido, en un lugar preferente, se levanta la escultura en mármol del descubridor de América, lo cual condujo a que desde entonces fuera más conocido como Paseo Colón. Esta vía se caracteriza por presentar una extensión de medio kilómetro entre el parque de la Exposición y la Plaza Bolognesi. Estuvo rodeado desde su construcción por bellos jardines y por residencias que dieron a la avenida un atractivo singular. A su belleza se agregaba las pistas asfaltadas en ambos lados del Paseo.

Pero es sobre todo en el segundo gobierno del presidente Leguía, entre 1919 y 1930, durante el denominado “Oncenio”, que Lima recibe un segundo impulso hacia su conversión en urbe moderna, tal como lo sostienen los historiadores del periodo. Basadre (2005), por su parte, sostiene:

Gran parte de la actual estructura urbana de Lima surgió entre 1919 y 1930 o ha provenido del impulso entonces iniciado. En 1920 y aun en los años inmediatamente posteriores, la ciudad terminaba por el lado sur en las calles transversales del Paseo Colón; el único servicio de transportes a Barranco, Chorrillos, Miraflores y la Punta era el que se efectuaba mediante el tranvía; no se anunciaba que pudieran nacer los núcleos urbanos de San Isi-



Plano de Lima 1943. Concejo Provincial de Lima. Inspector Alberto Alexander. Fuente Bromley, Barbagelata, 1945.

dro, Chacra Colorada, Jesús María, Balconcillo, Breña y Lince; no había sido hecha la Plaza San Martín. Se vivía con lentitud, formalismo y medida. (Vol. 14, p. 176).

Esta situación se revertiría en pocos años. Gracias a la política de empréstitos y al impulso a obras de infraestructura, el perfil de Lima cambiará a marchas forzadas. Dice Basadre (2005): “El crecimiento de la capital durante el Oncenio leguista tuvo intensidad vertiginosa. La urbanización del fundo Santa Beatriz, en 1922, fue punto de partida para la aparición de extensas áreas urbanas no sospechadas por los limeños de antes.” (Vol. 14, p.176).

Un año antes, a raíz de la celebración del centenario de la Independencia y, luego, en 1924, año de la conmemoración de la Batalla de Ayacucho, se van a generar espacios y obras que impondrán imágenes inéditas hasta entonces.

Una de las obras que cambiará definitivamente la imagen del centro histórico de Lima es la Plaza San Martín, en uno de cuyos fren-

tes se levantará el majestuoso Hotel Bolívar, en 1924. A ella se sumarán la Plaza Sucre, la Plaza Washington y el Parque Universitario, en cuyo centro se levantará un reloj conmemorativo donado por la Embajada de Alemania. También, se construirán el Panteón de los Próceres, el Ministerio de Fomento, el Museo de la Breña, el Country Club, la Escuela de Agricultura y Veterinaria, el Teatro Forero, el Club Nacional y diversos locales de bancos. Las estatuas también proliferarán, destacándose entre ellas las de San Martín, Sucre, Du Petit Thouars, Washington, Mateo Paz Soldán, Hipólito Unanue, Bartolomé Herrera y otras más.

Pudo verse también casas de los estilos más antagónicos y de los gustos más desiguales. Se construyó hasta un “castillo” medieval hecho de adobe (el “castillo” Rospigliosi); en algunos sectores se quiso hacer predominar el llamado estilo californiano que no era, en verdad, sino reflejo de la tradición española recibida por vía indirecta y de este modo hubo rincones de la gran Lima que tomaron el aspecto

de las ciudades del oeste de Estados Unidos; pero por otra parte, no faltaron las residencias de modelo vasco o tudor o italiano o del Renacimiento francés o de líneas caprichosas y hubo hasta una que otra morada de tipo inca como la de Julio C. Tello en el malecón de la Reserva o de inspiración china o morisca. (Basadre, 2005, Vol. 14, p. 178).

En definitiva, Lima dio inicio a una transformación de la cual no habría marcha atrás. Los espacios públicos, de carácter esencialmente civil, ofrecían perspectivas más amplias, abiertas, incidiendo de manera significativa en el carácter del paisaje urbano, el cual se diversificó de manera extraordinaria. Como todo cambio físico, también estuvo relacionado a lo social y a la valoración estética, a la apreciación subjetiva del entorno, a la evaluación de los espacios y edificaciones del entorno vivencial. Se produjeron nuevos criterios de consumo y visión estética de la ciudad, sobre todo porque en esta ocasión la aspiración a modernizar la ciudad había tomado un rumbo del cual no había retorno, no obstante que algunos nostálgicos, como José Gálvez, aún añoraban “la Lima que se va”.

En los años del Oncenio, la ciudad había dado un paso definitivo a convertirse en urbe moderna, acarreando ritmos de vida más veloces y nuevas costumbres y prácticas sociales, además de inesperadas respuestas a fe-

nómenos inéditos. Como señala Jean Remy (2012), a propósito de los escritos de Georg Simmel:

La gran ciudad genera un efecto umbral por “la intensificación de la estimulación nerviosa que resulta del cambio rápido de los *stimuli* internos y externos”, lo que suscita una “puesta en movimiento entre la impresión de un instante y el que lo precede” (...). Esta intensificación del ritmo es solo sostenible si hay una adaptación de la personalidad a ese mundo exterior que ella no creó y que recibe como dato objetivo. (...). El intelectualismo predomina sobre la sensibilidad, contrariamente a la relación característica de la pequeña ciudad, marcada por lo afectivo. (...) La gran ciudad es el lugar geométrico de convergencia y de tensión; allí toman forma estas racionalidades de distintos orígenes para organizar desde el interior la vida cotidiana. (p. 24).

En la literatura, esta nueva sensibilidad, esta distinta manera de ver y apreciar las características de la ciudad en vías de modernización, de la “gran ciudad”, de disfrutar de su paisaje, solo se plasmará en obras aisladas, como *Escalas melografiadas* de César Vallejo y *Duque* de José Diez Canseco. Años después, en la década de 1950, surgirá la generación que será capaz de plasmar en sus cuentos y novelas los espacios que constituirán la nueva, la moderna, la gran Lima. ■

Referencias bibliográficas

- Augustin, R. (2012). *Las murallas coloniales de Lima y El Callao*. Lima: Editorial Universitaria, Universidad Ricardo Palma.
- Basadre, J. (2005). Quinto Periodo. El comienzo de la reconstrucción (1884-1885). En la Ed. *Historia de la República (1822-1933)*. (vol. 11, p. 176). Lima, Perú: El Comercio.
- Basadre, J. (2005). Séptimo Periodo. El Oncenio (1919-1930). En la Ed. *Historia de la República (1822-1933)*. (vol. 14, p. 178). Lima, Perú: El Comercio.
- De la Riva Agüero, J. (2002). Sobre la tradición y la ciudad de Lima. En: E. Rivera. (Ed.), *Antología de Lima*. Lima, Perú: Fundación Manuel J. Bustamante de la Fuente.
- De Sartiges. E. y Botmiliau, A. (1947). *Dos viajeros franceses en el Perú Republicano*. Lima, Perú: Editorial Cultura Antártica.
- Haigh, S. (1967). Bosquejo del Perú (1825-1827). En A. Tauro. (Ed.), *Viajeros en el Perú Republicano*. Lima, Perú: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Milani, R. (2007). *El arte del paisaje*. Madrid, España: Editorial Biblioteca Nueva.
- Remy, J. (2012). Gran ciudad y pequeña ciudad: tensiones entre sociabilidad y estética en Simmel. En F. Márquez. (Ed.), *Ciudades de Georg Simmel. Lecturas contemporáneas* (pp. 21-54). Santiago de Chile, Chile: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Skogman, C. (1967). Perú en 1852. En A. Tauro. (Ed.), *Viajeros en el Perú Republicano*. Lima, Perú: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Stewart, W. (1954). *Henry Meiggs. Un Pizarro yanqui*. Santiago de Chile, Chile: Ediciones de la Universidad de Chile.
- Tschudi (1966). *Testimonio del Perú 1838-1842*. Lima, Perú: Consejo Económico Consultivo Suiza-Perú.
- Velásquez, V. (2008). *Lima a fines del siglo XIX*. Lima, Perú: Editorial Universitaria.



Jr. de la Unión. Foto: Carlos Cosme, 2010.